

El principal motivo de esta retirada, motivo que confesó á su mujer y deudos en la intimidad de las expansiones domésticas, fué el horror que le inspiraba el cercano juicio de la reina María Antonieta. El asesinato de una mujer prisionera por un pueblo repugnaba al alma de Danton. Había jurado á menudo que salvaría las cabezas de mujeres y niños. Había propuesto enviar á la reina y su hermana á Austria, ocultando bajo palabras de desprecio el verdadero interés que le inspiraban estas víctimas desarmadas. Quería lavarse las manos de la sangre femenil que se iba á derramar.

Antes de partir, tuvo Danton una entrevista secreta con Robespierre. Humillóse ante su rival hasta el punto de hacerle partícipe de su desconfianza respecto á los negocios públicos. Pidióle que le defendiese durante su ausencia de las calumnias que los Franciscanos no dejarían de asestar contra su patriotismo y probidad. Robespierre, satisfecho de la deferencia y separación del único hombre que podía contrarrestarle en la república, no puso ningun obstáculo á la marcha de Danton. Los dos rivales, amigos en apariencia, se juraron mutuo cariño y constante apoyo, y Danton partió.

Danton, en su retiro campestre de Arcis-sur-Aube, vivió únicamente ocupado de su amor, del cuidado de sus jóvenes hijos, de la administración de sus intereses domésticos, de la felicidad de volver á ver á su madre, á sus amigos de juventud y campos paternos. Parecía haber renunciado al peso y al recuerdo de los negocios públicos. Rompió toda su correspondencia, y ni recibía ni escribía carta alguna. Su sola visita era un diputado de la Convención, y aún no con frecuencia; era éste Courtois, compatriota suyo, que poseía molinos en Arcis-sur-Aube. Les ocupaban constantemente los peligros de la patria.

En sus conversaciones íntimas con su mujer, su madre y Mr. Ricordin, no ocultaba Danton sus sinceros arrepentimientos de los arrebatos revolucionarios en los cuales el fuego de las pasiones había arrojado su nombre y su mano. Procuraba lavarse de toda complicidad en las matanzas de Setiembre. Hablaba de aquellos días, no como lo había efectuado la siguiente mañana, al decir: «He contemplado mi crimen de frente, y sin embargo, lo he cometido», mas sí como un exceso de furor patriótico, al que habían incitado al pueblo asesinos de la municipalidad, exceso que él no pudo contener y que se vió forzado á presenciar, aunque detestándolo. No ocultaba tampoco la esperanza de recobrar el ascendiente debido á su genio político cuando las convulsiones presentes hubiesen gastado los medianos y débiles caracteres que reinaban en la Convención. Hablaba de Robespierre como de un delirante, unas veces cruel, otras virtuoso, pero siempre quimérico. «Robespierre se ahoga en sus ideas,—exclamaba;—no sabe convencer á los hombres.» No creía en la duración de la república. «Son necesarias—decía con frecuencia—muchas generaciones humanas para poder pasar de una forma de gobierno á otra. Antes de tener una ciudad, tened ciudadanos.»

Leía mucho los historiadores de Roma. Escribía mucho, mas al momento quemaba cuanto había escrito. No quería dejar más huella de sí que su nombre.

XII

Por el contrario, Robespierre, aunque enfermo y abatido por los trabajos intelectuales que hubieran consumido muchos hombres, se olvidaba de sí propio para

entregarse con más ardor que nunca á la continuación de su sistema de gobierno. Engrandecía su ambición, confundiéndola toda entera con la ambición de la república que quería fundar. Poco le importaba su rango público con tal de ser el alma de las cosas. Las inconsecuencias, los cambios, la aristocracia propietaria y comercial de los girondinos, le habían sinceramente persuadido que querían retrogradar hácia la monarquía ó constituir una república en la que la riqueza sustituiría á la dominación de la iglesia y del trono, ó en la que el pueblo tendría algunos millares de tiranos en vez de uno. Había visto en estos hombres, pertenecientes á la clase media, los más peligrosos enemigos de la democracia universal y de la igualdad filosófica. Después de su caída creyó alcanzar su fin. Este era la soberanía representativa de todos los ciudadanos, hija de una elección tan extensa como el pueblo, y obrando por el pueblo y para el pueblo, en un consejo electivo que sería todo el gobierno. La ambición de Robespierre, tan á menudo calumniada entónces y después, no traspasaba este límite. Creía que su móvil era el de la naturaleza y el de Dios. No aspiraba á dominar, pero sí á ser el guía y regulador de aquel gobierno popular. Fundarle, experimentar su marcha, organizar sus oscilaciones, asistir á sus primeros movimientos, vivificarle con sus principios y dejarle su alma, era el ensueño, el aliento de Robespierre.

XIII

Su actitud y su lenguaje cambiaron igualmente desde que los girondinos desaparecieron. Tres cuestiones eran objeto de sus estudios: anular la opinión pública en la Convención por medio de los Jacobinos, de los que era oráculo; resistir á las usurpaciones anárquicas de la municipalidad, que amenazaban enfrenar la independencia de la Representación, y establecer en fin la armonía y unidad de acción con la organización de un comité de gobierno. A estas ideas no se mezclaba ninguna ambición personal. Su propia popularidad, más general y fanática de día en día entre sus correligionarios, era para él un instrumento y no un fin. Gastábala con tanta prodigalidad como afanes y paciencia tuvo para conquistarla. La oscuridad en la cual se encerraba al salir de la arena pública arrojaba sobre su persona el velo que oculta los grandes pensamientos á la envidia y el misterio que encierran los oráculos. La calumnia se detenía confusa ante el umbral de su cuarto, en la casa de un honrado artesano. El alma de la república se confundía con él en la pobreza, en el trabajo y en la austeridad de las costumbres.

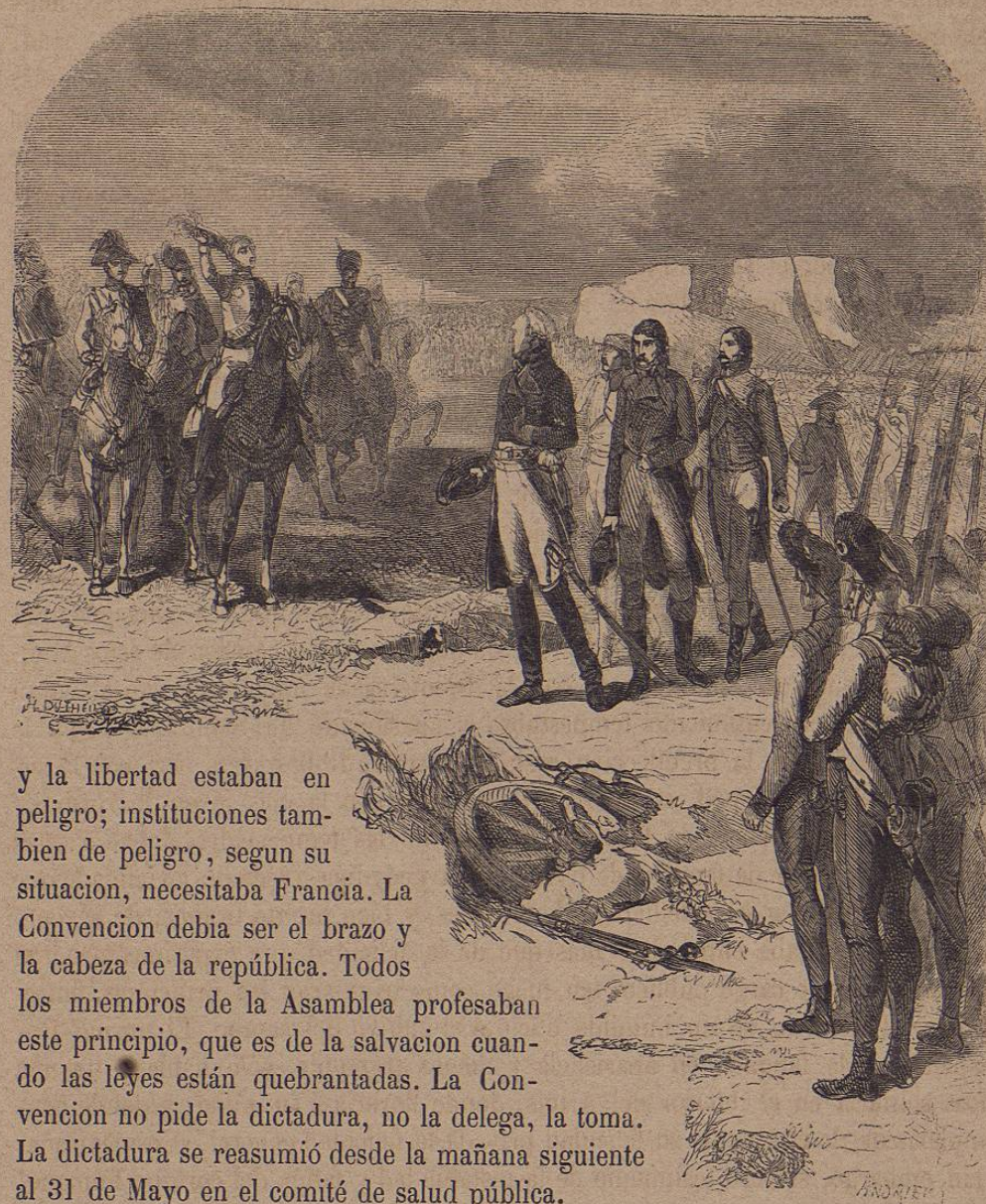
XIV

Desde este día Robespierre concurrió con más asiduidad que nunca á las nocturnas sesiones de los Jacobinos. Dirigió las discusiones de aquella sociedad hácia los grandes problemas de organización social para desviarla de las facciones, cuyo reinado, según él, había pasado. Apartóse con mayor y aparente disgusto de todos los hombres corrompidos que querían mezclar la demagogia con la revolución, como se liga un metal puro con otro impuro que le hace más flexible para la elaboración. No quiso rebajar los principios republicanos á los alcances de un pueblo viejo y gastado, y se propuso elevar el pensamiento popular á la esfera de los

principios abstractos. Por lo mismo lisonjeaba el orgullo del pueblo, persuadiéndole que era digno de instituciones virtuosas, haciéndole creer en su propia virtud. Unióse en íntima amistad con el corto número de hombres toscos, pero íntegros, que convertían hasta en culto la lógica rigurosa, empero vaga é implacable, de la democracia. Eran éstos Couthon, Lebas y Saint-Just, hombres completamente puros de todo hasta entónces, excepto de fanatismo. Ninguna mancha sangrienta tenían aún sobre sí. Esperaban que su sistema prevalecería por la sola evidencia de la razón, por el solo atractivo de la verdad; pero estaban desgraciadamente resueltos á no rehusar nada á su sistema, ni aún el sacrificio de enteras generaciones. Estos diputados se reunían en pequeño número casi todas las noches en casa de su oráculo; allí inflamaban sus imaginaciones con las seductoras perspectivas de la justicia, de la igualdad y de la felicidad prometidas á la tierra por la nueva doctrina. Por la modestia de esta sala, por la sobriedad de las comidas, por el tono filosófico de sus conferencias, por las imágenes, reproducidas sin cesar, de virtud y desinterés en favor de la patria, nadie hubiese visto en ellos una conjuración de demagogos, y si una asamblea de sabios, ocupándose de las instituciones de la edad de oro. Imágenes pastorales se unían á las trágicas emociones del tiempo y del lugar. Hasta el amor hervía sin degradar en el corazón de estos hombres. La ternura de Couthon para con la desinteresada mujer que consolaba su doliente vida, el sentimiento tempestuoso y apasionado de Saint-Just hácia la hermana de Lebas, la predilección casta y grave de Robespierre para con la segunda hija de su huésped, el amor de Lebas para con la más joven, los proyectos de unión, los planes de felicidad despues de las tempestades, daban á estas pláticas un carácter de familia, de tranquilidad y algunas veces de jovialidad, que no dejaba sospechar el conciliábulo de los jefes, y bien pronto tiranos, de la república. No se hablaba entre ellos más que de la felicidad que experimentarían al separarse de todo cargo público, tan luégo como triunfaran los principios, entregándose al ejercicio de un humilde oficio ó al cultivo del campo. El mismo Robespierre, más fatigado en apariencia y ménos tranquilo, sólo hablaba de una choza solitaria en el interior del Artois, donde llevaría á su mujer, y donde contemplaría desde el seno de su felicidad privada la felicidad general. ¡Cosa extraña, y sin embargo, sincero testimonio de la inestabilidad y fatiga del corazón humano! Los dos hombres que entónces agitaban la república, y que iban uno y otro á sacrificarse chocando en sus movimientos, Robespierre y Danton, no aspiraban en aquel momento á más que á la abdicación. Pero la popularidad no admitió tal intento. Para ella no hay términos medios: ó un altar, ó una tumba. El destino de estos dos hombres era el de agotar sus favores y morir despues.

XV

Aun cuando sus teorías fuesen distintas, el espíritu de Robespierre y el de Danton tendían entónces á concentrar el poder en la Convención. No presentaban la Constitución á los ojos del pueblo más que como un plan de institución en perspectiva, sobre el que se echaría un velo despues de haberlo enseñado, aunque de léjos, á la nación. El gobierno más á propósito para asegurar la victoria sobre las facciones enemigas de la revolución, era, segun ellos, el mejor gobierno. Francia



y la libertad estaban en peligro; instituciones también de peligro, segun su situación, necesitaba Francia. La Convención debía ser el brazo y la cabeza de la república. Todos los miembros de la Asamblea profesaban este principio, que es de la salvación cuando las leyes están quebrantadas. La Convención no pide la dictadura, no la delega, la toma. La dictadura se reasumió desde la mañana siguiente al 31 de Mayo en el comité de salud pública.

Del mismo modo que la nación pidió para sí sola su inalienable soberanía en 1789, de igual suerte la Convención pidió para sí sola todos los poderes en 1793. Las fuerzas transmitidas son esencialmente más débiles que las fuerzas directas. En las crisis extremas, los pueblos revocan sus delegaciones, ya se llamen majestades, ya leyes ó magistraturas. En ellas no puede dudarse. Las leyes son las relaciones definidas de los ciudadanos entre sí con el Estado en tiempo normal; pero cuando estas leyes quedan abolidas ó destruidas, cuando se invierten las relaciones, acudir á estas leyes, que han desaparecido ya ó que aún no existen, es acudir á la nada para salvar el imperio. El gobierno es entónces por sí la única ley viviente, y todos sus mandatos son golpes de Estado. Tal era la situación de la Convención en el mes de Julio de 1793. Esta situación la condenaba ó á la dictadura ó á la muerte. Si hubiera aceptado la muerte, la nación y la revolución hubiesen muerto con ella. Tomó la dictadura; no es ésta su falta. Hay usurpaciones legítimas,

Capitulacion de Valenciennes.
Pág. 77.

como las que salvan las ideas, los pueblos, las instituciones. La historia no debe echar en cara la usurpacion á la Convencion, sino la manera de ejercerla. Cuanto más desaparecan las leyes de un gobierno, tanto más debe reemplazarlas la equidad. Esta es la sola condicion por la que Dios y la posteridad absuelven los gobiernos. La conciencia es la ley de las leyes.

XVI

Es una ley del poder, cuando se convierte en accion, tender sin cesar á estrecharse y personificarse en un reducido número de agentes. Los cuerpos políticos pueden tener mil cabezas y mil lenguas mientras conservan el carácter de asambleas deliberantes, pero sólo les es necesario una mano cuando alcanzan el poder ejecutivo. Abrazó esta doctrina con debilidad en un principio la Convencion, y la sancionó luego completamente. Principió por crear ministros revestidos de cierta responsabilidad é independencia, como bajo el ministerio girondino de Roland; anuló en seguida casi enteramente la accion de los ministros; instituyó comisiones de gobierno, tambien especiales y tan diversas como cada uno de esos ministerios; creó despues comisiones de gobierno en el seno mismo de la Representacion nacional, y distribuyó entre estas extensas comisiones las diferentes funciones del poder. Cada una de aquéllas presentaba, por medio de su secretario, el resultado de sus deliberaciones á la sancion de la Convencion reunida. Esta reinaba así, mas reinaba con incoherencia y debilidad. La unidad faltaba á aquel número de comisiones. Lo que formulaban eran dictámenes, y no órdenes.

La Convencion sentia la necesidad de personificarse en un comité que, aunque salido de su seno, le impusiese su propia voluntad, y por decirlo así, su propio terror. Temia su anarquía interior, tenia miedo de su misma inestabilidad. Para destruir mejor las resistencias, consintió en someterse á obedecer y temblar. Organizó el comité de salud pública, y le transfirió todo el gobierno. Fué la abdicacion de la Convencion, pero abdicacion que le dió el imperio.

XVII

El nombre de comité de salud pública era ya antiguo en la Convencion. Desde el mes de Marzo precedente, todos los hombres de presentimiento en la Asamblea, Robespierre, Danton, Marat, Isnard, Albitte, Bentabole y Quinette, habian pedido la unidad de miras, la fuerza de accion concentrada en un comité de corto número de miembros, reuniendo en su mano todos los hilos esparcidos de la trama, en demasia floja, del poder ejecutivo. Instituyeron este centro de gobierno. Los girondinos obtuvieron la mayoría. Bajo su direccion debiera haber sido una palanca de fuerza, si aquella direccion fuera acertada. Los primeros miembros del comité de salud pública, cuyo número ascendia á veinticinco, eran: Dubois-Crancé, Petion, Gensonné, Guyton de Morveau (el colaborador de Buffon), Robespierre, Barbaroux, Ruhl, Vergniaud, Fabre d'Eglantine, Buzot, Delmas, Condorcet, Guadet, Breard, Camus, Prieur (de la Marne), Camilo Desmoulins, Barere, Quinette, Danton, Sieyes, Lasource, Isnard, Juan Debry y Cambaceres, futuro oráculo del despotismo salido de los comités de la libertad.

El comité de salud pública era dueño de la iniciativa de todas las leyes, y tambien respecto á las medidas que requerian los peligros de la patria; poder que alcanzaba ya dentro del ámbito de la república, ya en suelo extranjero. Llamaba á los ministros y censuraba sus actos; cada ocho dias daba cuenta de su cometido á la Convencion. Celosa la Asamblea, temia su despotismo en mano de sus delegados. Pesaban sobre el comité infinitos mandatos, y uno de ellos fué el prohibirle el secreto, vida de las dictaduras. La lucha de las opiniones originaba entre los miembros el antagonismo. Era la anarquía concentrada en ella misma. Robespierre, cuya ojeada lo alcanzó todo, no quiso eclipsar su popularidad aceptando medidas contrarias á su pensamiento, y se separó desde las primeras sesiones. La retirada de Robespierre despopularizó á este primer comité.

Los mismos girondinos, de acuerdo con Danton, propusieron transformarle, darle fuerza y acrisolarle. Buzot, presintiendo la muerte en el puñal que sus mismos amigos preparaban, combatió esta idea. Se adoptó á pesar de tales reclamaciones, y el número de los miembros del comité quedó reducido á nueve. Se le permitió el secreto, tuvo el cometido de vigilar todos los ministerios, el derecho de suspender los decretos que creyera no aceptables para el interes nacional, y el de expedir urgentes medidas. Le destinaron fondos particulares, y tan sólo se le prohibió un acto de soberanía, el prender arbitrariamente á los ciudadanos.

El comité de salud pública debia renovarse todos los meses, por eleccion de la Asamblea. Los miembros que lo componian eran: Barere, Delmas, Breard, Cambon, Danton, Guyton de Morveau, Treilhard, Lacroix (de Eure-et-Loire) y Robert Lindet. Los girondinos desterraron á Danton á este comité para neutralizar su influencia entre los débiles é indecisos de la Llanura; su táctica los engañó. Danton, no encontrando energía en sus colegas, la fué á buscar á la municipalidad. Danton dirigia los negocios extranjeros, direccion adecuada á su genio generalizador, militar y diplomático. En esta ocupacion estudiaba el gobierno, como hombre que hoy medita para apoderarse de él mañana. Despues de la retirada de los girondinos, dimitió Danton este cargo, que podia suscitar la envidia. Sentado en su banco, se le veia rodeado siempre de aparente indiferencia. Los que le observaban no se engañaron. Le acusaron por su retirada, como lo hicieron por su dominacion en el comité. Conoció entónces que ciertos nombres no se borran, ya les dé la luz, ya les cobije la sombra, de la memoria de los hombres, comprendiendo tambien que cierta fama brilla siempre porque es imposible que se oculte. «Elegid otro comité—dijo—de que yo no forme parte, comité de más vigor y más numeroso; yo seré la espuela en lugar de ser el freno.» Estas palabras, que revelaban en el tribuno el juicio que él formara de su importancia, y que expresaban el desden hácia sus colegas, presentaban á Danton usurpador y quitaban el velo á su ambicion. Fueron aplaudidas, pero tambien notadas.

XVIII

Despues de dudas, de nombramientos y de sucesivas eliminaciones, el comité definitivo de salud pública, proclamado por el mismo Danton gobierno provisional, adquirió la completa investidura del poder. Danton, á quien no inspiraba confianza una institucion que no le contaba en su seno, se negó imprudentemente á formar

parte de ella, ya porque creyó que aparecía más grande solo, ya porque deseaba aislarse, fastidiado de los asuntos públicos. Quiso que en el comité le representasen Hérault de Séchelles, uno de sus partidarios, y Thuriot, uno de sus órganos. Robespierre no se atrevió á entrar al principio para no ofuscar á Danton. Sus amigos formaban la mayoría, y hacían dominar sus ideas. Los ocho miembros eran: Saint-Just, Couthon, Barere, Gasparin, Thuriot, Hérault de Séchelles, Robert Lindet y Jean-Bon Saint-André. Gasparin se retiró, y el voto unánime de la Convención eligió á Robespierre. Pocos días despues formaron parte del comité Carnot y Prieur (de la Cote-d'Or), porque imperaba la necesidad de personificar el genio militar de Francia ante los ejércitos de la coalición. Completaron el comité Billaud-Varennes y Collot-d'Herbois, quienes llevaron en él á su colmo el espíritu del jacobinismo, que la Montaña se lamentaba de ver languidecer con las frias palabras de Robespierre, Saint-Just y Couthon.

Así se constituyó este *decenvirato*, que durante las convulsiones de los catorce meses hizo suyos todos los peligros, todos los poderes, todas las glorias y todas las maldiciones de la posteridad.

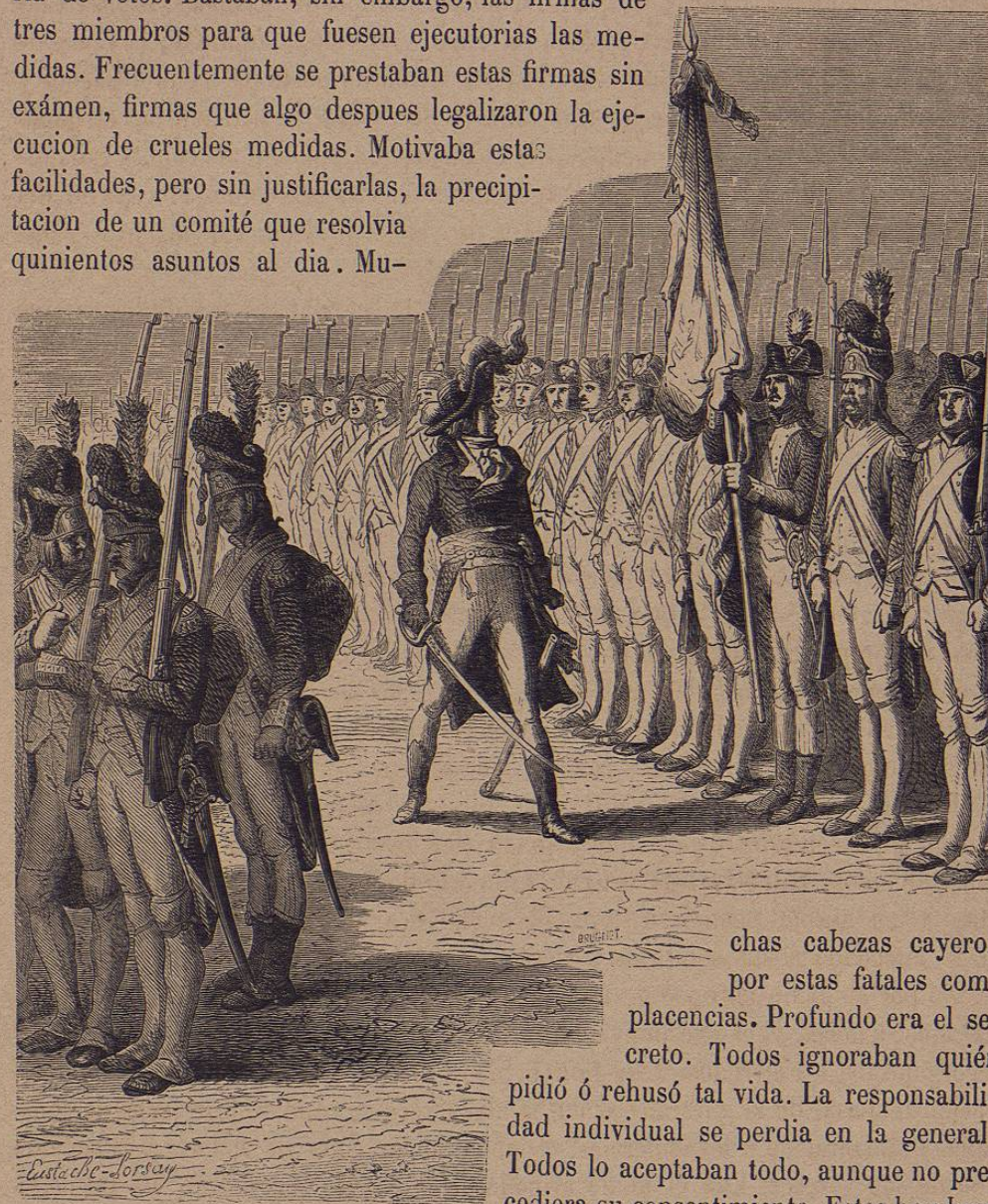
XIX

Los miembros del comité de salud pública se distribuyeron las diferentes atribuciones, según la aptitud de cada uno. La capacidad eligió los puestos y el rango. Se atendió á la influencia y á los servicios. Ahuyentóse la importancia, pero sin romper la unidad. El peligro de la crisis, el celo inextinguible, el temor de debilitarse dando pábulo á la desunión, el secreto jurado y fielmente cumplido, la dificultad de su cargo, fueron circunstancias que hicieron indisoluble el comité, que sólo mostró sus disensiones cayendo por entero.

Billaud-Varennes y Collot-d'Herbois incendiaban con sus ideas la opinión pública en la correspondencia que seguían con los agentes de la república en los departamentos; Saint-Just se arrogó el imperio de las teorías constituyentes, tan aéreo y tan absoluto como su impasible metafísica; Couthon tomó la policía, encargo adecuado á sus sombrías y escrutadoras ideas; Hérault de Séchelles, inspirado por el genio europeo de Danton, los negocios extranjeros; Robert Lindet, las subsistencias, vital cuestión cuando la carestía hambreada las poblaciones y desorganizaba los ejércitos; Jean-Bon Saint-André, la marina; Prieur, la administración material de la guerra; Carnot, la alta dirección militar, los planes de campaña, la inspiración á los generales, el juicio de sus faltas, la victoria y la reparación de los reveses. Fué el genio armado de la patria, que cubrió las fronteras durante las convulsiones del corazón de Francia, y cuando se agotaron las venas de esta misma Francia. Prieur (de la Cote-d'Or) secundaba á Carnot en los detalles. Quince horas diarias de tarea, y fija su mente en todos los mapas y posiciones de nuestros ejércitos, daban vida al genio organizador de Carnot y nunca le postraban. En su gabinete ostentaba la sangre fría y el entusiasmo del campo de batalla. Su dedo marcaba los nombres á quienes esperaba porvenir. Pichegru, Hoche, Moreau, Jourdan, Desaix, Marceau, Brune, Bonaparte, Kleber, son nombres ilustres que hizo héroes el instinto de Carnot.

Barere, genio dócil y pronto, pero literario, redactaba las deliberaciones del

comité, y en breves é indelebres frases daba los informes á la Convención. Desde la tribuna lanzaba palabras que eran para el pueblo. Robespierre alcanzaba todas las cuestiones, excepto la guerra. Era la política del comité. Designaba el fin y el camino que á él conducía; los demás impelían la máquina. Robespierre prescindía de las ruedas. Su atribución era la idea. Las resoluciones se tomaban por mayoría de votos. Bastaban, sin embargo, las firmas de tres miembros para que fuesen ejecutorias las medidas. Frecuentemente se prestaban estas firmas sin exámen, firmas que algo despues legalizaron la ejecución de crueles medidas. Motivaba estas facilidades, pero sin justificarlas, la precipitación de un comité que resolvía quinientos asuntos al día. Mu-



El representante Levasseur en el ejército del Norte.
Pág. 78.

chas cabezas cayeron por estas fatales complacencias. Profundo era el secreto. Todos ignoraban quién pidió ó rehusó tal vida. La responsabilidad individual se perdía en la general. Todos lo aceptaban todo, aunque no precediera su consentimiento. Estos hombres se habían entregado hasta su reputación. ¡Cosa admirable! No había presidente.

Temían en un jefe un tirano. Querían una dictadura anónima. La falta de jefe no perjudicaba al comité. Todos mandaban, todos obedecían. La república presidía.

XX

Mientras que el comité de salud pública, transformado así en Consejo ejecutivo, se apoderaba del gobierno, la Convención llamaba á Paris á los enviados de